

Suplemento a la edición N° 46 de PUNTO
FINAL — Martes 16 de enero de 1968.
Santiago - Chile.

El Partido Socialista contra el reformismo

PF da a conocer en las siguientes páginas las resoluciones políticas adoptadas en el XXII Congreso del Partido Socialista. Aparecen precedidas por un planteamiento del Comité Ejecutivo del PS que leyera el 3 de enero de 1968, el Secretario General, Aniceto Rodríguez, en conferencia de prensa.



EL COMITE EJECUTIVO del PS da a conocer las resoluciones de su congreso general. Aparecen, de derecha a izquierda: Aniceto Rodríguez Arenas (Secretario General), Luis Jerez y Luis Herrera.

REFORMISMO O REVOLUCION

NUESTRO Congreso se efectuó en un momento muy significativo para nuestro país y América Latina.

Significativo porque en Chile ya era evidente el fracaso de la política reformista del Gobierno demócrata cristiano confirmándose lo que la experiencia ya había demostrado en otras latitudes del continente. Cuando se ha pretendido fundamentar una política de desarrollo económico y de progreso social en estrecha colaboración con los Estados Unidos, el único resultado posible ha sido el fracaso.

Los hechos entonces demuestran, una vez más, que la querrela política de nuestros tiempos no está planteada entre reformistas y reaccionarios como pretende la Democracia Cristiana. Tal enfoque es soslayar y eludir las reales alternativas históricas. El verdadero dilema radica en la inconciliable oposición entre el imperialismo yanqui y sus aliados por una parte y las fuerzas sociales que pugnan por liberar a nuestros países de su tutelaje a través de la construcción de una sociedad socialista.

Frente a esta pugna, ¿dónde y cómo se ubican reformistas y reaccionarios? La Democracia Cristiana y las fuerzas sociales y políticas de centro de raíz burguesa se colocan invariablemente, en comparsa con los reaccionarios, al lado del imperialismo y del orden social que éste cautela y con la etiqueta de "progresistas", "reformistas" o "desarrollistas" pero sirviendo siempre en último término al imperialismo. La verdadera querrela no es pues entre reformistas y reaccionarios sino entre reformistas y revolucionarios.

EL IMPERIALISMO, GUARDIAN DEL ORDEN SOCIAL EN AMERICA LATINA

Es fácil apreciar cómo el primer interesado en mantener la estructura clasista de nuestra sociedad es el imperialismo yanqui. El pasado y el presente latinoamericano lo testifican. Como fuerza social determinante el imperialismo opera no sólo con sus intereses económicos comprometidos con el orden vigente, sino que además, proporciona a las clases propietarias la infame variedad de sus servicios para hacer frente a la insurgencia de las masas. Así se hace presente con sus "infantes de marina" en Santo Domingo, con los agentes de la CIA en Bolivia, así también y principalmente apadrina el Pentágono a los ejércitos latinoamericanos a los que ha transformado exitosamente en destacamentos dependientes como lo demuestran los regímenes militares gorilas que mantiene en el continente. Aún más, las clases dirigentes han confiado en último término al Pentágono la cautela final de su orden social y no han vacilado en colocar a las fuerzas armadas bajo su dirección ideológica y técnica como postrera póliza de garantía del orden establecido. De ahí la OEA, los pactos militares, la Escuela de Antiguerrilla, las operaciones Unidas, los cursos de adiestramiento de oficiales, etc., etc.

Las fuerzas políticas revolucionarias en América Latina han estado tomando conciencia de esta nueva situación. La Primera Con-

ferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad celebrada hace algunos meses en La Habana, significó un paso decisivo en este proceso de toma de conciencia.

NUESTRA POSICION Y LA VIOLENCIA REACCIONARIA

Nuestro Partido en su Congreso de Chillán recogió esta nueva perspectiva de la acción política en América Latina que se caracteriza fundamentalmente por plantearse la **lucha por el Poder** en términos armados y continentales.

Esta característica de la lucha política en Chile y América Latina exige algunas precisiones para su adecuada comprensión. Nuestros enemigos gastan sus mejores esfuerzos, en querer dar una imagen falsa de nuestra posición política, procurando caricaturizar la postura de los socialistas como una actitud romántica y utópica, alejada de la realidad y destinada sólo a satisfacer purismos ideológicos. Nada más falso que tal enfoque de nuestra conducta.

El centro y el objetivo de toda lucha política es la toma del Poder. Para nosotros, socialistas, el Poder es el instrumento para liberar a Chile de su dependencia del imperialismo y del retraso económico y social, mediante la construcción de una sociedad socialista. Esto es, una sociedad edificada, no en la explotación de los egoísmos, del trabajo ajeno, de la propiedad privada de los medios de producción, sino en la conjunción de los esfuerzos solidarios de todos los chilenos. Ello implica aprovechar racionalmente todos nuestros recursos humanos, técnicos, naturales y económicos, construyendo una sociedad dinámica y justa. En esas condiciones sobre la base de la propiedad colectiva de nuestra riqueza será posible planificar y orientar nuestro desarrollo hacia grandes objetivos nacionales que aprovechen a todos los chilenos y no signifiquen como en la actual sociedad burguesa riqueza y bienestar para unos pocos y pobreza y sufrimiento para la mayoría.

Pero sabemos los socialistas que para eso, para tomar el Poder, tendremos que vencer la enconada resistencia de los usufructuarios del actual orden de cosas. Sabemos que el Poder en manos nuestras significa para las clases propietarias la pérdida de su posición privilegiada y el sacrificio de su acomodaticia "libertad", la liquidación de sus aspiraciones individualistas, el cambio fundamental del modo de vida al que están acostumbrados y que para ellos es el único legítimo y posible. No nos engañamos al respecto. La historia ha llegado a un punto en que todos sabemos lo que está en juego. Ellos y nosotros. Por eso no nos extraña que lo que es verdadera democracia, libertad y justicia, sea para ellos dictadura, opresión y miseria. Sabemos por lo mismo que las "fuerzas" de que disponen a través del aparato represivo del Estado, las ponen al servicio de la mantención de su orden social, por encima de toda otra consideración, cuando aquél se encuentra en real peligro. No nos engañan sus protestas de apego a la legalidad y sus promesas de respeto a la voluntad ciudadana porque cuando sus intereses y los valores con que los legi-

timan, aparecen de veras amenazados, les sobran razones para apelar al supremo argumento de la violencia en defensa de su sociedad en descomposición. En tal sentido violan las reglas del juego de su propia legalidad.

La historia de nuestros días está llena de experiencias que nos demuestran que el plantearse los problemas políticos en términos de violencia, no es para los revolucionarios una utopía, ni una salida escapista ni puro subjetivismo, sino la verdad, nada más que la verdad. Ahí está el cadáver de Patricio Lumumba, ahí están las decenas de miles de muertos en la guerra de liberación argelina, ahí Krumah, derrotado y exilado, ahí están los trescientos mil asesinados en Indonesia, ahí está la China bloqueada militarmente, ahí está la guerra caliente y heroica del Vietnam. Y ahí está la Grecia de estos días experimentando cruentamente el peso de la bota militar dirigida desde Washington. Y en nuestra América, ahí está el gobierno de Arbenz en Guatemala derribado por una invasión directamente patrocinada por la CIA; ahí está el Presidente Illia, vilmente vejado por no ser el mejor instrumento para cauterizar los intereses de la reacción argentina; ahí está el cadáver de Getulio Vargas; el exilio de Perón; ahí está el golpe reaccionario brasileño que acabó con el régimen reformista del Presidente Goulart; ahí está la dictadura paraguaya que mantiene sin proceso a centenas de políticos opositores. Ahí está la invasión de Bahía Cochinos, el bloqueo criminal a Cuba, los chantajes atómicos de Kennedy durante la crisis de Octubre; el asesoramiento yanqui para combatir las guerrillas colombianas; ahí están los Rangers peruanos y bolivianos instruidos y dirigidos por yanquis luchando en contra de las guerrillas; ahí está la invasión armada de Santo Domingo; ahí está el cuerpo asesinado del Comandante Guevara como elocuente testigo de la directa intervención del aparato de seguridad yanqui en la política latinoamericana.

No caemos entonces los socialistas en ningún subjetivismo ni nos apartamos de la realidad, cuando nos planteamos el problema del Poder, en términos de fuerza, como producto del choque entre la violencia contrarrevolucionaria desatada por los usufructuarios del orden social y la que puedan oponer para vencerla los pueblos del mundo que aspiran a su liberación y a la de toda la humanidad.

CHILE NO ES UNA EXCEPCION

Ilusos e irresponsables seríamos si la experiencia histórica no nos sirviera de nada para plantearnos la estrategia y táctica que debemos usar para conquistar el Poder. Salvo, es claro, que el Poder no fuera nuestro objetivo. Los acuerdos de Chillán consecuentes con esa trascendente finalidad expresan que no debemos limitarnos a querer influir en las decisiones como un grupo de presión para obtener dividendos electorales o transitorias adhesiones de distintos sectores. Lo que queremos no es vegetar como Partido eligiendo mayor o menor número de parlamentarios, sino lo que queremos es el Poder para el pueblo y para el socialismo. Un deber de elemental honestidad nos obliga a mirar la realidad

política tal como se da en el mundo de hoy, configurada básicamente por una lucha a muerte, a veces caliente y a veces fría, pero en substancia determinada por el predominio de la fuerza entre el imperialismo yanqui como gendarme armado de la reacción mundial y los pueblos y clases que luchan por destruirlo para rehacer la sociedad humana en términos de real justicia y dignidad para el hombre.

Se dice por algunos que esta manera de ver las cosas puede ser justa y correcta para apreciar la realidad mundial en general o la realidad latinoamericana en su conjunto, pero que no es lícito extenderla a Chile pues nuestra patria constituiría un oasis de "democracia", de "legalidad" donde la voluntad ciudadana expresada en las elecciones sería la que en último término decide. Sostienen que planteamos el problema del Poder en términos de fuerza y no de votos es una demostración de que no sabemos comprender a Chile ni interpretar lo que de veras es nuestro país, la idiosincrasia de nuestro pueblo y el sentido de su evolución histórica.

Nada más equivocado. Nacimos los socialistas chilenos a la vida, precisamente como una exigencia de fidelidad a nuestra historia y a los intereses nacionales. No negamos lo que somos, sino al contrario aspiramos a elaborar nuestra política en estrecha correspondencia con la naturaleza y modalidades del país.

Necio sería negar que Chile se destaca dentro del continente por la larga trayectoria de su movimiento popular, que en las variadas circunstancias de su historia, merced a sus luchas y esfuerzo, ha logrado estructurar en nuestra patria un sistema político considerablemente más evolucionado y maduro que el resto de las hermanas Repúblicas. Y por eso mismo es en Chile también donde se hacen más evidentes los límites y las inconsecuencias de estos sistemas políticos formalmente democráticos. La experiencia de hoy y la de ayer —como ya lo dijimos— demuestra que el sistema democrático se mantiene hasta el momento en que las clases dominantes empiezan a considerar amenazados sus intereses fundamentales y, cuando eso ocurre, no vacilan en romper el esquema institucional que antes les servía, para defender por la fuerza su situación privilegiada.

Ya durante la guerra de la Independencia buena parte de los chilenos que temían las consecuencias de la liberación del país de la corona española, se colocaron del lado del Rey en aquella cruenta lucha. En el transcurso de nuestra historia republicana, los herederos de aquellos mismos sectores no vacilaron en 1891 en sumir al país en una sangrienta guerra civil cuando vieron que un honesto estadista como Balmaceda, abría el camino para reformas y cambios que a la sazón se estimaban peligrosos.

Más recientemente, desde los tumultuosos días del año veinte, siempre que el orden vigente ha estado en peligro, se ha desencadenado en el país una verdadera represión legitimada por la sanción parlamentaria, que viene en los hechos a consagrar una verdadera dictadura legal. Así ocurrió durante la segunda administración de Alessandri, cuan-

do el país vivió permanentemente sometido a regímenes de excepción; durante el gobierno de González Videla a través de la ley de defensa de la democracia, y ahora mismo ya estamos acostumbrados a escuchar las amenazas del Gobierno que anuncia terribles sanciones si el pueblo y sus partidos continúan condenando su política.

Pero hay más, cuando la debilidad del sistema institucional no le ofrece a la reacción la suficiente garantía, al margen de la ley, organiza cuerpos armados destinados a defender por la violencia el Poder burgués. Las milicias republicanas en 1930; la Acción chilena anticomunista en 1940 y las guardias blancas con que la derecha se aprestaba a desconocer el eventual triunfo del candidato popular en las elecciones de 1958 y 1964, demuestran hasta la saciedad la verdadera naturaleza de la lucha política cuando ésta logra colocar en tela de juicio el problema de qué clase ha de adueñarse del Poder y gobernar.

Durante este mismo Gobierno la sangre obrera vertida en El Salvador y la matanza del 23 de noviembre pasado en Santiago son hechos elocuentes de cómo el actual Estado de Chile, como cualquier estado de clase en el mundo ampara por la fuerza su orden social. Si agregamos a esto el desafuero del Senador Altamirano por el delito de expresar en la Universidad de Concepción lo mismo que hoy afirmamos una vez más, observaremos cómo se prestan con prontitud a servir la acción represiva los propios tribunales de justicia.

Pero lo que más contribuye a plantearse la política chilena en los términos ya analizados es que ahora resulta más utópico que nunca pensar que lo que pasa en el resto del mundo no influye ni traspasa la cordillera de los Andes. El imperialismo, considerando la naturaleza de los procesos sociales y políticos desarrollados en América Latina después de la Revolución Cubana, para responder a la creciente insurgencia popular, ha elaborado una estrategia contrarrevolucionaria de carácter continental. Cuenta para ello no sólo con su propia fuerza armada, sino con los ejércitos de los Gobiernos gorilas prestos a servirle de punta de lanza para realizar sus objetivos antipopulares y antinacionales. En Chile, por ejemplo, es de una claridad absoluta que el militarismo argentino constituye una de las fuerzas de reserva del imperialismo para combatir cualquiera tentativa de establecer en Chile un Gobierno popular revolucionario.

Nosotros no cerramos los ojos a la realidad y bien sabemos que para consumir nuestro gran objetivo político —la instauración del socialismo en Chile— tendremos que enfrentar a la fuerza organizada de nuestros enemigos de adentro y de afuera del país, quienes han declarado, a través de la Doctrina Johnson no estar dispuestos a tolerar en América una segunda experiencia que, como la de la Revolución Cubana, quiera establecer una sociedad socialista.

No somos sordos y ante esta declaración de guerra de los yanquis, no hemos querido asumir la política del avestruz y continuar distraiéndonos en un juego político subalterno.

Por eso hemos resuelto en Chillán proclamar la verdad tal como es y hacer claridad ante el pueblo de Chile y las fuerzas de izquierda mostrándoles crudamente la naturaleza real de la lucha a que estamos enfrentados, sin silenciar el hecho macizo de que esta lucha se da finalmente en términos de violencia y en un ámbito continental latinoamericano. Así, por lo demás, lo entendieron y practicaron en su hora histórica, Bolívar y los próceres americanos al conducir victoriosamente la emancipación de nuestros pueblos.

EL SOCIALISMO Y LAS DIFERENTES FORMAS DE LUCHA

Quiénes están interesados en ocultar la verdadera naturaleza de la lucha política actual procuran ridiculizar estos puntos de vista sosteniendo que los socialistas nos marginaríamos de la actividad política diaria para sumergirnos en obscuras conspiraciones o descabelladas aventuras. Nada más falso. Por el contrario, reconocemos la importancia de las formas no violentas de acción como la lucha ideológica, las contiendas electorales, la política por reivindicaciones económicas, la propia actividad parlamentaria por lo que ellas pueden significar en el contexto general del proceso liberador de nuestro pueblo. Valoramos la significación de estas formas de lucha en la medida que debilitan al adversario, extienden nuestra esfera de influencia, nos ligan con las masas y nos permiten lograr una mayor fuerza política. No hemos renunciado pues a las formas convencionales de lucha política, pero las utilizaremos en la medida que nos conduzcan a nuestro objetivo que es la toma del Poder. No confundiremos un triunfo con la toma del Poder, ni engañaremos al pueblo haciéndole creer que una victoria en su lucha reivindicacionista significa su liberación social, ni condicionaremos nuestra conducta al propósito de obtener un mayor número de parlamentarios. Las elecciones, la lucha reivindicativa y la acción parlamentaria las estimaremos como medios para lo que constituye la razón de ser de nuestro movimiento: la toma del Poder para instaurar el socialismo en Chile.

No sustentamos pues un abstencionismo electoral por principio. Iremos a las elecciones cuando y en la forma que convenga al fortalecimiento y maduración del movimiento popular.

No se nos oculta la dificultad de hacer claridad en vastas capas populares sobre estos asuntos. Ello es consecuencia de la táctica equivocada seguida hasta ahora por el movimiento popular la que ha permitido en su seno un electoralismo exagerado que ha llevado a muchos a creer que política y elecciones es una misma cosa y que sólo conquistando votos es posible realizar la acción política. La falsedad de tal pensamiento y la gravedad que encierra su difusión en el pueblo, es un motivo más para que nos entreguemos con todas nuestras fuerzas a combatir semejantes ilusiones.

EL SOCIALISMO Y LA UNIDAD POPULAR

Se ha querido también mañosamente entender nuestra posición política como aisla-

cionista, como si el Partido Socialista rechazara todo contacto con otras fuerzas y patrocinara así una especie de purismo ideológico que nos impediría alcanzar entendimientos con otros sectores y forjar alianzas políticas con fuerzas afines. Nada más ajeno a la realidad.

Al contrario, nuestro Congreso General expresamente ha planteado que todos los entendimientos y alianzas con fuerzas afines que nos ayuden a nuestro propósito de conquistar el Poder por el socialismo son justas y necesarias, así como ha rechazado toda alianza que no converja a ese objetivo, que dificulte la radicalización del movimiento popular, que entregue a fuerzas, partidos o ideologías burguesas el rol predominante. Así como no podríamos aceptar una alianza con el Gobierno y la Democracia Cristiana en base a las contradicciones superficiales existentes entre ella y la vieja oligarquía, porque bien sabemos que la Democracia Cristiana es la nueva cara de la reacción y el actual instrumento de que se vale el imperialismo para conseguir sus propósitos en Chile, así tampoco podemos aceptar alianzas con el Partido Radical reeditando de esta manera otra versión de la ya caducada política de conciliaciones y compromisos que hizo ya definitiva crisis en Chile. Sabemos que por su composición social, por su extracción ideológica, por sus hábitos políticos, por los intereses y aspiraciones de sus dirigentes y por los lazos que mantiene con el imperialismo, no podrá como Partido integrar una alianza de fuerzas sociales y políticas revolucionarias.

Sabemos que los partidos reformistas de centro pueden lograr la adhesión de sectores populares de consideración para sus objetivos políticos. Reconocemos ese hecho y a esos sectores populares procuraremos convencerlos desarrollando ante ellos una vasta campaña de esclarecimiento ideológico a fin de que se liberen de la tutela política de las fuerzas burguesas.

En consecuencia, con esta perspectiva unitaria y combativa, nosotros llamamos a todas las personas y fuerzas de izquierda auténticas, que están fuera o dentro de esos partidos a trabajar por su progresiva integración en un frente único antimperialista que, anteponiendo los reales intereses del pueblo de Chile a las caducas estructuras partidistas, vayan buscando el núcleo alrededor del cual los trabajadores desarrollen su acción política liberadora, núcleo que no debe ser otro que el FRAP. No es utilizando a las organizaciones partidistas existentes que ya no responden a una problemática real, como lograremos un amplio, audaz y vigoroso reagrupamiento unitario de la izquierda. A la inversa, sólo sobrepasando esas estructuras tradicionales será posible que los trabajadores consoliden y forjen su verdadero instrumento de lucha, al margen de las deformaciones que conllevan los viejos y nuevos partidos centristas.

PARTIDO SOCIALISTA Y FRENTE DE TRABAJADORES

Al plantear en Chillán estos puntos de vista, nuestro Partido no hizo sino reafirmar la política de Frente de Trabajadores enri-

queciéndola con la experiencia continental y chilena de los últimos años y prolongándola en un nuevo contexto socio-político con los caracteres que la situación actual exige.

La unidad de acción de los trabajadores en su lucha por sus reivindicaciones debe servirles de escuela para que vayan planteando sus aspiraciones siempre en planos superiores, elevando así su nivel de conciencia de clase. Para ello es indispensable que tales luchas sean dirigidas con una perspectiva revolucionaria capaz de imprimirles progresivamente una orientación cada vez más socialista.

En la misma medida en que aspiramos a atraer a los trabajadores sobre la base de una política que tienda, por una parte, a emanciparlos de influencias extrañas y a unificarlos con todos los revolucionarios que compartan nuestros objetivos estratégicos y medios tácticos de lucha, combatiremos, por otra parte, a aquellos que obstruyen el natural alineamiento de las fuerzas sociales en Chile, entre los antimperialistas consecuentes por un lado y los proimperialistas y reaccionarios por otro. En tal sentido, sostenemos que la propia experiencia chilena de nuestra que el camino de las reformas y de la conciliación con el imperialismo está agotado.

En el mundo de hoy y, en especial, en América Latina, no se puede ser auténticamente antimperialista sin ser revolucionario, y no se puede ser revolucionario sin ser consecuentemente antimperialista.

Dentro de esta línea unitaria y combativa que acordó nuestro Congreso General, valoramos extraordinariamente el rol cumplido por el Frente de Acción Popular (FRAP) durante los últimos once años, cimentado en el entendimiento socialista-comunista. El FRAP ha sido instrumento valioso de lucha y de unidad para el pueblo y los socialistas; junto con reafirmar su importancia esencial procurará impulsarlo a un nivel superior desde el punto de vista político y orgánico, trabajando por convertirlo en un vasto y combativo frente político que agrupe a todas las fuerzas antimperialistas que luchan por la revolución socialista chilena.

Consecuentes con dicha posición y de acuerdo con las positivas proyecciones que la unidad popular implica para el futuro liberador de nuestro pueblo, los socialistas perseveraremos en el estrechamiento de las relaciones entre los partidos Comunista y Socialista, factores decisivos y piezas claves para una real alternativa de poder popular.

CONCLUSIONES

La experiencia democristiana no ha podido escapar al dilema de todos los reformismos. Asistimos a su desmoronamiento y el propio imperialismo vacila ya en continuar apoyando a un Gobierno y un partido que han fracasado.

Esto explica también por qué la alternativa fascizante va tomando cada día más fuerza en el seno del Gobierno. La política represiva inaugurada con sangre el 23 de noviembre para imponer a toda costa los reajustes con bonos, los propósitos de suprimir

el derecho de huelga y las crecientes y repetidas amenazas al movimiento popular, acusan una línea cada vez más reaccionaria, que está teniendo imprevisibles efectos, incluso en el propio Partido Democristiano, cuyos sectores más avanzados se resisten a tolerar este ya abierto desplazamiento hacia la Derecha.

Se está produciendo así un vacío político motivado por el fracaso del Gobierno, que el imperialismo no está dispuesto a permitir que sea llenado por las fuerzas populares y sus partidos de clase. Se inicia, pues, un período de agudización de la lucha social que abre favorables condiciones para recomponer el cuadro político chileno, de manera tal, que puedan enfrentarse directamente y sin elementos distorsionantes, el imperialismo y la burguesía nacional por una parte, y las fuerzas populares por la otra. Al Partido Socialista y al Frente de Acción Popular les corresponde la tarea de aprovechar estas condiciones para encabezar el repudio a la política del Gobierno, elevar el nivel de la lucha simplemente reivindicativa al plano político y orientar la acción de las masas hacia la toma del Poder usando las tácticas que las circunstancias aconsejen.

El Partido Socialista comprende que la tarea política que su Congreso General le ha encomendado realizar es ardua. Sabemos que en sus comienzos encontraremos incomprendiciones y dudas. Pero no nos asustan estas dificultades que estamos resueltos a afrontar. Estamos convencidos que si ahora no comen-

zamos a recorrer un nuevo camino, necesariamente la izquierda y el pueblo se dirigirán al combate por rutas y medios tradicionales que bien sabemos ya sólo conducen a la frustración y la derrota.

No nos engañamos. Nuestras metas son difíciles, pero estamos dispuestos a luchar por ellas. Queremos romper toda una tradición en la izquierda que la somete y subordina a las leyes del juego impuestas por el adversario. Aspiramos a romper esta dependencia y a trabajar por un nuevo estilo, nacional y revolucionario, ajeno a la politiquería tradicional, al partidismo electorero, al parlamentarismo profesional, al economismo chato y sin perspectivas, para dar lugar a una nueva política que sobre la base de la verdad, proyecte más alto los objetivos del movimiento popular y oriente sus luchas hacia la toma del Poder para construir un Chile nuevo, más rico, más justo, más humano, un Chile socialista.

La nueva dirección del Partido avanzará en la línea acordada en su importante Congreso de Chillán fortaleciendo al socialismo en la lucha, renovando sus cuadros, abriendo las puertas de la organización a todos los revolucionarios con generosidad, sin reservas ni sectarismos, trabajando por mantener y desarrollar la unidad popular en nuevos y más amplios niveles, fortaleciendo así las posibilidades concretas y el camino cierto de la Revolución Chilena.

**COMITE EJECUTIVO DEL
PARTIDO SOCIALISTA**

★ ★ ★

Resoluciones sobre política nacional

EN el año 1957 el Partido Socialista había formulado ya, en términos generales, su conocida política de Frente de Trabajadores que le ha permitido enfrentar consecuentemente los procesos políticos y sociales de Chile y América Latina. A diez años de su formulación, la experiencia histórica nos ha permitido enriquecer extraordinariamente esa posición política básica, en los términos siguientes:

1) El Partido Socialista, como organización política marxista-leninista, plantea la toma del Poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un estado revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico, social y cultural, e inicie la construcción del socialismo.

En su lucha por la conquista del Poder, los trabajadores y sus vanguardias políticas revolucionarias encontrarán siempre la oposición tajante y violenta del imperialismo y las fuerzas internas que lo apoyan. Así lo prueba la rica experiencia internacional y, particularmente, los múltiples y recientes ejemplos ocurridos en los países atrasados. A esa violencia reaccionaria, los pueblos han debido oponer inevitablemente la legitimidad de su violencia revolucionaria para vencer

esas resistencias, destruir la sociedad burguesa y hacer posible el proceso de la revolución socialista.

2.—Los acontecimientos vividos en América Latina durante los últimos años, como consecuencia directa o indirecta de la gesta cubana, progresivamente han continentalizado el proceso revolucionario, en la medida que el imperialismo ha ido acentuando su coordinada estrategia mundial contrarrevolucionaria para oponerla a los movimientos populares liberadores. A esa coordinación reaccionaria y agresiva, que encuentra múltiples expresiones en los planos político, económico, cultural y militar, los pueblos latinoamericanos y sus vanguardias más representativas han respondido legítimamente con los trascendentes propósitos de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que ha venido a reiterar, en la época contemporánea, la decisión unitaria y armada de los próceres y libertadores que ayer forjaron la independencia política de nuestros pueblos.

3.—El Partido Socialista no desdena la utilización de métodos pacíficos o legales como las luchas reivindicativas, las tareas ideológicas, la actividad de las masas, los procesos electorales, etc., pero considera que esos métodos no conducen por sí mismos a la con-

quista del Poder, sino que son factores complementarios de su acción política sustantiva que busca la derrota definitiva de las fuerzas reaccionarias internas y la destrucción de toda forma de penetración imperialista.

4.—En la aplicación de su política de Frente de Trabajadores, el Partido Socialista propugna la unidad combatiente del proletariado, campesinos, clases medias pobres y la incorporación resuelta de sectores estudiantiles y de intelectuales de avanzada a la lucha política sin vacilaciones por la instauración del socialismo.

Esta trascendente misión política y el contenido social de la línea de Frente de Trabajadores, excluye toda posibilidad de compromisos con la burguesía que históricamente se ha probado como dócil aliada del imperialismo extranjero, de la cual ha sido su instrumento más obsecuente. Las alianzas de la izquierda revolucionaria con los sectores de la burguesía, se han traducido en sucesivas frustraciones en el campo de los explotados, postergando innecesariamente la hora de su victoria final.

Consecuentemente, las alianzas o compromisos que el Partido Socialista establezca sólo se justificarán en la medida que contribuyan a la realización de los objetivos estratégicos ya precisados.

5.—El Partido Socialista valora debidamente la importancia y el gran rol político y social desempeñado hasta hoy por el Frente de Acción Popular. Durante casi ya once años, el FRAP estructurado a base del entendimiento de los partidos Socialista y Comunista, ha cumplido grandes y positivas jornadas al servicio del pueblo de Chile, contribuyendo a una mayor toma de conciencia de amplios sectores sociales y posibilitando la vertebración de un poderoso movimiento popular que pesa e influye en forma decisiva en la vida nacional.

Estamos conscientes que existen diferencias en las concepciones de ambos partidos. Pero, por sobre esas dificultades, reiteramos nuestra firme decisión de fortalecer la unidad socialista-comunista, vigorizando al FRAP en forma tal que pueda mejorar aún más su calidad de frente político unificador de todas las fuerzas antimperialistas y liberadoras que luchan consecuentemente por la revolución socialista.

Para los socialistas, el FRAP sigue y seguirá representando la única alternativa real de conquista del Poder político en Chile.

6.—El fracaso evidente de la política del gobierno de Frei, caracterizado por el estancamiento de la economía, por su dependencia del imperialismo norteamericano, por un proceso inflacionario acelerado, por una creciente cesantía, por sus medidas de fuerza para aplacar la protesta popular por su resistida política de remuneraciones, han agudizado la situación chilena y han probado la esterilidad de las soluciones reformistas, originándose una grave crisis nacional que en vano pretende ocultar la publicidad oficial.

El conjunto de la clase trabajadora ha reaccionado vigorosamente y con una amplia unidad de sus organizaciones gremiales y sindicales, se ha opuesto a la política del despojo aplicada por la burguesía y el gobierno, que desató de nuevo su política de "mano dura" tiñendo de sangre inocente las calles de Santiago a raíz del último paro de protesta.

Paralelamente a la agudización de los problemas que unifican en su lucha a sectores cada vez más amplios de la población, en el seno de los partidos de centro, radical y demócrata cristiano, afloran poderosas inquietudes de sus sectores de clase media, que exigen a sus directivas posiciones cada vez más tajantes y definitorias para reclamar cambios verdaderos y una definida posición antimperialista.

En resumen, en estrecha relación con la pérdida creciente del apoyo popular de que gozó el gobierno democristiano al comienzo de su mandato, se registra un favorable desplazamiento hacia la izquierda que abarca día a día a sectores más extensos de la población chilena, que junto con traducir un descontento generalizado, permite concluir que se están creando las bases reales para un cambio definitorio y decisivo en la lucha por el poder político.

7.—El rápido desgaste de las bases estructurales del régimen democrático burgués, está creando un vacío político que el imperialismo no está dispuesto a permitir que sea ocupado por las clases explotadas.

Por su parte, el movimiento obrero organizado va adquiriendo una más elevada conciencia acerca del verdadero carácter que deben asumir sus luchas, como lo evidenció el último y exitoso paro nacional organizado por la CUT. En dicho conflicto se probó una gran voluntad de combate de los trabajadores a lo largo del país, superándose los tradicionales y estrechos límites de una batalla meramente economicista, para oponerse con coraje y valentía a la represión brutal del gobierno y comprender los grandes factores políticos que estaban en juego.

8.—Finalmente, los socialistas afirmamos que como fruto de las experiencias pasadas y recientes, el pueblo de Chile vive un proceso de definiciones que lo conducirá cada vez más a adherir a las postulaciones políticas y programáticas de la izquierda revolucionaria. En tal sentido, la solución histórica del problema de la conquista del Poder no se logrará repitiendo viejos esquemas y fallidas experiencias que se tradujeron, a la postre, en gigantescas y dolorosas frustraciones colectivas.

Por lo mismo, todos quienes asuman una consecuente posición revolucionaria y antimperialista tendrán que converger al eje vital de las fuerzas y partidos que desde hace ya un largo tiempo, agrupadas en el Frente de Acción Popular junto con probar el indiscutible sello de su honestidad política, ofrecen un camino cierto de conquista del poder para las grandes mayorías nacionales.

★ ★ ★